

Encuentro con Rosario Castellanos

Hernán Lavín Cerda

*A cincuenta años de la publicación de **Balún-Canán de Rosario Castellanos**, el poeta Hernán Lavín Cerda hace un ejercicio de entrañable memoria y recuerda su fugaz encuentro con la escritora chiapaneca en Santiago de Chile en 1969.*

La conocí en los últimos días de julio de 1969 en el Teatro Municipal de Santiago de Chile, sin conocerla nunca. ¿Quién conoce a quién en el plazo vertiginoso de esta vida? Fue durante aquel inolvidable Encuentro Latinoamericano de Escritores. Se llamaba y seguirá llamándose Rosario Castellanos, mientras aquella memoria no esté determinada por lo fugaz y aún habite, palpitando, entre las aguas más vivas y luminosas de la Memoria con mayúscula, allí donde todo es Aleph, como hubiese dicho Jorge Luis Borges.

Cierro los ojos y la vuelvo a descubrir en aquella mesa redonda de la Universidad de Chile, junto a Juan Rulfo, Juan Carlos Onetti, Leopoldo Marechal y Jorge Enrique Adoum. Ella es perspícaz, de sonrisa abierta, levemente melancólica: cuánta melancolía tocada por la chispa del humor. Y mucha elegancia en el juego corporal, pienso en los gestos, y en su radiante espíritu. Luce un vestido ajustado en la cintura, con cuello de solapas negras, y más abajo esas líneas grises y rojas: un escarlata muy sugerente por la profundidad y la espesura.

Al llegar su turno en el micrófono, aquel micrófono de color castaño como cabeza de jíbaro, Rosario Castellanos se refirió a su infancia en Comitán, a la variadísima

flora y fauna de Chiapas, al machismo cruel y a muchos hacendados que tanto han hecho sufrir a los indígenas.

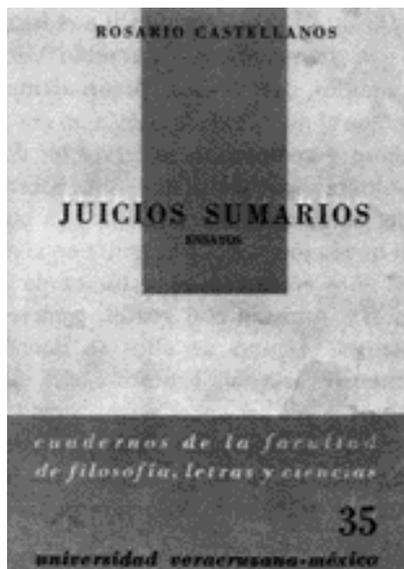
De aquellos episodios a menudo tristes —dijo con precisión y altura—, va surgiendo poco a poco mi mundo novelesco. Las visiones encarnadas están en las páginas de mis libros, y espero que sean perdurables. Reconozco que hay una temperatura poética en el lenguaje de algunos de mis cuentos y de mis novelas. ¿De qué otro modo se puede hacer arte? No olviden que yo vengo del vientre maternal de la poesía. Si por mí fuese, no escribiría más que poemas. Sólo en ellos me confieso a cada instante. La poesía es el arte de la confesión en privado y en público: una confesión a veces terrible. Digo lo esencial, como ustedes ven, y me contradigo en la médula de esos versos porque soy humana; allí no soy capaz de evadirme o tomar cierta distancia por medio de la ficción. Para mí es imposible. La vida es bella, no lo dudo, pero también puede convertirse en una amenaza. ¿Y el amor? Ah el amor... Prefiero no tocar ese tema en este minuto. Solamente les digo que me siento muy bien en Santiago de Chile. Ustedes habitan en un bellissimo país, y yo, como mexicana, les agradezco y los quiero mucho. Ésta es una tierra de grandes poetas. Ahí están

Gabriela Mistral y Pablo Neruda, sólo para nombrar a dos que nos han dado tanta humanidad y belleza en su poesía. Ambos han echado raíces en México y son muy admirados en mi país, desde la época de José Vasconcelos, y luego Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, Juan Rulfo, Andrés Bello, Juan de la Cabada, Diego Rivera y Frida Kahlo, David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco y Silvestre Revueltas, entre muchos otros. Y ya que hablamos de poesía, debo decirles que mis editores de México fueron los que más me animaron a escribir cuentos y novelas. De cualquier modo, vuelvo al principio: si por mí fuese, yo no hubiera abandonado el reino maravilloso de la escritura poética.

Alguien muy bien informado me dijo, alguna vez, que fue Jaime Sabines quien le sugirió a Rosario Castellanos que se soltara el cabello, con trenza o sin trenza, al escribir su poesía. Sabines había publicado su primer libro, *Horas*, en 1950, y sabía muy bien de lo que hablaba. No desconocía los conflictos existenciales de Rosario Castellanos en aquel tiempo:

Hay un volcán en erupción dentro de tu cuerpo y de tu alma, Chayito, y tú lo sabes. Creo que deberías abrir el cauce y explorar en esas aguas a través de tus poemas. No te olvides del mundo clásico, aunque sería muy bueno que te enfrentaras con tus ángeles y tus demonios, éstos que a menudo te hacen sufrir, sí, te dan en la madre y en el hígado, envenenando la nobleza de tu corazón. Algún día tú serás maestra, yo no seguí estudiando para maestro, pero ambos fuimos compañeros en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Tú eres muy sutil, alegre, materna y, de improviso, convulsa. Te importa la luz del amor, la fidelidad, y la sombra del desamor. Tú eres mucho amor, aunque le tienes miedo. Sospecho que algo semejante ocurre con tu instinto maternal. ¿Por qué no le abres el camino a estas fuerzas amenazadoras? Líbrate de ellas por medio de la poesía, esa poesía que es profilaxis y descarga emocional. Saca adelante tus dicciones y contradicciones. Allí serás un testigo de todo lo que sucede. Al fin seremos el payaso y la víctima, como todos los poetas, y a través de nosotros se expresarán los que no tienen voz.

Nuevamente regreso, en el flujo de aquella memoria, a la mesa redonda de 1969 en Santiago de Chile, no muy lejos del cerro Santa Lucía. Tanto Juan Rulfo como Juan Carlos Onetti, Leopoldo Marechal, Jorge Enrique Adoum y la propia Rosario Castellanos han establecido un consenso: el lenguaje, las visiones, las peripecias y los personajes de la nueva narrativa latinoamericana tienen ese origen común que se ubica en el corazón de la poesía. Todos lo reconocen: "Nuestros padres son los grandes poetas del idioma en América Latina como en España". De otro modo, no hubieran aparecido algunas obras



como *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo; *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; *Rayuela*, de Julio Cortázar; *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier; *Bomarzo*, de Manuel Mujica Lainez; *La casa verde*, de Mario Vargas Llosa; *Paradiso*, de José Lezama Lima; "El Aleph", de Jorge Luis Borges; *Terra nostra*, de Carlos Fuentes; *Gran Sentón: Veredas*, de João Guimarães Rosa; *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal; *Palinuro de México*, de Fernando del Paso; *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato; *Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos; *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro; *El obscuro pájaro de la noche*, de José Donoso; *Cocuyo*, de Severo Sarduy. La lista es aún más larga, sin duda, y la siempre antigua y siempre nueva poesía, además de constituirse en el regulador de voltaje del espíritu, es la exploración abismal del ser, la región a menudo insondable, el goce sensitivo y el alumbramiento que piensa y despierta en cada uno de nosotros la inquietud de pensar. Entonces aparece la orgía casi perpetua, el vértigo de la obra de arte desde la respiración rítmica del idioma como un territorio sensible. El alumbramiento poético proviene de aquella aguja sismográfica que aún palpita en el corazón del hombre. Luz que brota en la médula de aquellos lenguajes que son capaces de fundar una nueva belleza vulnerando el espíritu. Esto, por desgracia, brilla a partir de su ausencia en más de alguna escritura de hoy, donde el impulso vertiginoso carece de toda intensidad, a menudo, así como de una riqueza connotativa. Sin un mayor vuelo de la imaginación, el discurso narrativo que cuenta y cuenta, por buena que sea la historia, como muy bien lo dijo Luis Cardoza y Aragón, suele agotarse en la epidermis anémica del discurso, y buenas noches los pastores. Aunque no existan, por anemia visionaria o verbalmente pernicioso, ni los pastores ni las buenas noches.

Repentina y brutalmente cayó sobre la columna vertebral de Chile aquella espada del Demonio Extermi-



Rosario Castellanos

nador, y tuvimos que abandonar ese país con su bella y loca geografía. ¿Cómo puede existir un país tan largo, adonde uno cree, algún día, que llega, aunque nunca termina de llegar? Kilómetros y kilómetros y kilómetros deslizándose desde la cordillera de los Andes hacia el océano Pacífico. Yo propongo, desde México, que todo Chile vi va en un serpentario cada vez más longilíneo e interminable. Digo serpentario por la forma, esa topografía casi infinita. Recuerdo que viajamos a México en calidad de exiliados políticos, ah esa política incierta, cruel, equívoca, y tuve al fin la fortuna y el honor de incorporarme a la Universidad Nacional Autónoma de México. Entonces pensé que vería de nuevo a Rosario Castellanos, pero no fue así, por desgracia. Algunas maestras que fueron sus discípulas, como Cristina Barros, hija del inolvidable Javier Barros Sierra, ex rector de la UNAM en aquellos años difíciles, me hablaron de los cursos espléndidos que impartió Rosario sobre la vida y la obra de Marcel Proust, así como alrededor de Gabriel García Márquez y sus *Cien años de soledad*.

Imagino a la autora de *Poesía no eres tú* leyendo un pasaje de *En busca del tiempo perdido*, allí donde todo es música, una música tal vez inaudible, de improviso, la inagotable música del pensamiento. Ahora es Swann el que piensa en Odette. En traducción de Pedro Salinas, dice el texto:

Y al mirar el rostro que ponía Swann cuando la oía, hubiérase dicho que estaba absorbiendo un anestésico que le ensanchaba la respiración. Y, en efecto, el placer que le proporcionaba la música, y que pronto sería en él verdadera necesidad, se parecía en aquellos momentos al placer que habría sentido respirando perfumes, entrando en con-

tacto con un mundo que no está hecho para nosotros, que nos parece informe porque no lo ven nuestros ojos, y sin significación porque escapa a nuestra inteligencia y sólo lo percibimos por un sentido único. Gran descanso, misteriosa renovación para Swann —que en sus ojos, aunque eran delicados gustadores de la pintura, y en su ánimo, aunque era fino observador de costumbres, llevaba indeleblemente marcada la sequedad de su vida— el sentirse transformado en criatura extraña a la Humanidad, ciega, sin facultades lógicas, casi en un fantástico unicornio, en un ser quimérico que sólo percibía el mundo por el oído.

Luego de leer este fragmento durante una clase, la poeta y querida maestra Rosario Castellanos empezaba a establecer una urdimbre de relaciones y correspondencias no solamente literarias. Aproximaciones y desviaciones a partir del pasaje que recién fue leído. Desde aquí la imagino refiriéndose al concierto de la música, así como a la red del lenguaje imantado que va construyendo el otro concierto, el del Arte de la Palabra, o si ustedes quieren, el de la Otra Voz, para decirlo al modo de Octavio Paz. Aquel matrimonio inagotable entre el sonido y el sentido: he ahí el reino de la poesía, un reino donde permanece en su estado de ausencia el monarca absoluto. Zumban eufónicamente las voces y emerge la obra de arte. Todo es milagro, entonces, a medida que la respiración escritural avanza en ondas expansivas. Todo es milagro. Lo dijo algún día Pablo Picasso, mientras dibujaba en el aire del mundo una variación sobre lo mismo. Dígase una vez más: todo es milagro: lo mismo de lo mismo. Después de sus comentarios llenos de frescura, energía y reflexión, Rosario Castellanos abría el diálogo con sus alumnos. A ella le importaba que los jóvenes hubieran leído y estudiado el texto, apoyándose en alguna bibliografía, como es obvio, aunque tanto o más le interesaba el fenómeno de que los estudiantes revivieran aquel texto de Marcel Proust, pero desde la experiencia de sus propias vidas. De este modo, la literatura se alimentaba a través de la visión de los jóvenes, quienes iban desarrollándose como humanos a partir de su vínculo real y misterioso con el arte de la literatura. Alumnos cada vez más humanos y, ¿por qué no?, también imaginarios, no hay más remedio, imaginarios, como probablemente hubiera dicho Jorge Luis Borges desde algún punto que ni siquiera existe en “El Aleph”, allí donde tal vez todo existe o más bien tiene la posibilidad de existir.

Eso es todo, quién sabe, eso es todo. Y aquel misterio en la sonrisa perdurable de Rosario Castellanos seguirá siendo otro milagro que no deja de alumbrar entre nosotros. **U**

Texto leído en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 21 de mayo de 2007, durante el homenaje a Rosario Castellanos con motivo de los cincuenta años de la primera edición de su novela *Balún-Canán*, en el Fondo de Cultura Económica.